

VIERNES SANTO
3 de abril de 2015



Lectura de la Palabra de Dios :

Isaías 52,13 - 53,12.

Él fue traspasado por nuestras rebeliones.

Salmo 30.

Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu.

Hebreos 4,14-16; 5,7-9.

Aprendió a obedecer y se ha convertido para todos los que le obedecen en autor de salvación.

Juan 18,1 - 19,42.

Prendieron a Jesús y lo ataron. ¿No eres tú también de sus discípulos? No lo soy. Mi reino no es de este mundo. Lo crucificaron, y con él a otros dos. Mujer, ahí tienes a tu hijo. Ahí tienes a tu madre. Todo está cumplido. Tomaron el cuerpo de Jesús y lo vendaron todo con aromas.

**SERVICIO DE PASTORAL. ATENCIÓN
ESPIRITUAL Y RELIGIOSA.**

jsanchezl@hospitalariasmadrid.org

jjgalan@hospitalariasmadrid.org

CIEMPOZUELOS (MADRID)

AÑO 7. Nº: 392



Hermanas
Hospitalarias

COMPLEJO ASISTENCIAL BENITO MENNI

La Buena Noticia de la semana

JUEVES SANTO
2 de abril de 2015



Lectura de la Palabra de Dios :

Éxodo 12,1-8.11-14.

Prescripciones sobre la cena pascual.

Salmo 115.

El cáliz de la bendición es comunión con la sangre de Cristo.

1Corintios 11,23-26.

Cada vez que coméis y bebéis proclamáis la muerte del Señor.

Juan 13,1-15.

Los amó hasta el extremo.

LA HORA DE JESÚS

1. Jueves Santo es el día de la «hora» de Jesús, el día de su entrega. En varios momentos importantes habla san Juan de la «hora» del Señor: en Caná de Galilea y en la fiesta de los Tabernáculos («no ha llegado mi hora...») y en la última cena («ya se acerca la hora...»). Propiamente, la «hora» de Jesús equivale a la fase final de su vida, que incluye muerte, resurrección, ascensión y efusión del Espíritu. Según Juan, el «día» de las obras de Jesús termina con la «noche» de la hora. La «hora», en la Escritura, es el momento de la intervención salvífica de Dios. Es tiempo de revelación, de adoración, de liberación y de persecución. Es el momento fijado por el Padre para glorificar a su Hijo por sus obras y por la cruz. A todos nos llega de un modo u otro nuestra «hora».

2. Especial relieve tiene en este día el lavatorio de los pies, servicio que, en tiempos de Jesús, se prestaba obligatoriamente al huésped por obra de un esclavo no judío o de una mujer (la esposa al marido, y la hija al padre). Era un gesto hospitalario de acogida. Y Jesús lo realizó con sus discípulos como signo de entrega total. Es una catequesis de la eucaristía, una exhortación a la caridad, el mandamiento nuevo. Dios no es un dueño terrible, sino un servidor de los humanos que levanta a la persona en su dignidad.

3. El amor de Dios al hombre se revela en sus intervenciones históricas a favor de su pueblo; es un amor que se renueva de generación en generación. Es un amor, además, que se manifiesta de un modo personal bajo la forma de la amistad. Finalmente, es un amor misericordioso que salva y perdona. Con Jesucristo, en la entrega de su «hora», se revela la plenitud del amor de Dios. Como consecuencia del amor de Dios a los seres humanos, debe brotar el amor fraternal de los hombres entre sí y el amor filial para con Dios. Estos dos últimos mandamientos son la culminación de la ley y el resumen de toda exigencia moral.

Casiano Floristán

LA CRUZ DE CRISTO

1. En tiempos de Jesús, la cruz era un método vergonzoso de ejecutar la pena capital. «Maldito --era entonces-- todo aquel colgado de un palo» (Gal 3,13). Jesús murió crucificado. Según los usos romanos, antes fue flagelado. El tribunal romano lo condenó por agitador, y el judío por blasfemo. Para los cristianos, la cruz es un símbolo cristiano radical que se ha empleado indebidamente con demasiada frecuencia: la cruz ha servido de pretexto para emprender persecuciones y se la ha convertido en una joya o en un emblema de honor por méritos militares o civiles. Constantemente hay que recuperar su sentido. El pueblo cristiano pobre y sufriente, que posee una profunda intuición del valor redentor de la cruz, entiende con facilidad que el Jesús histórico fue crucificado por su tenor de vida. Al optar por los pobres, marginados y miserables, atrajo sobre sí el odio, se granjeó la persecución y se ganó a pulso la condena. Pero Dios estaba totalmente con él y lo resucitó.

2. La tradición cristiana ha entendido la muerte de Jesús como sacrificio expiatorio por nuestros pecados; también ha interpretado que el mundo es reconciliado por la muerte de Cristo. Esta afirmación es difícilmente inteligible sin la fe. Recordemos que fue «un escándalo para los judíos y una locura para los paganos» (1 Cor 1,23) el hecho de que la salvación del mundo viniera de un ajusticiado maldito. Los discípulos de Jesús aprendieron pronto que la cruz no es algo pasado, sino presente: el bautismo se da en la muerte de Cristo, y la eucaristía es memorial de la Pasión del Señor. Discípulo de Jesús es el que carga con la cruz, el que sólo se gloria en la cruz del Señor y el que da testimonio de la cruz de Cristo, como lo dieron María y Juan. Eso sí, la cruz no tiene sentido sin la resurrección.

3. En su conversión, Pablo vio el significado victorioso de un crucificado-resucitado. La cruz es el centro del evangelio paulino. Ahí reside la verdadera sabiduría: a través de la debilidad humana se hace transparente la fuerza de Dios. El árbol del pecado ha dado paso al madero glorioso de la cruz; la carne corrompida ha sido santificada con el cuerpo destrozado; la sangre nueva ha dado nueva vida; la persona descendida ha sido elevada con la cruz; la humanidad sin vida recibe el agua y la sangre salvíficas. Naturalmente, el misterio de la cruz --de la crucifixión del Señor y de la crucifixión del pueblo-- sólo puede ser entendido a la luz de la fe, con las palabras de la Escritura.

Casiano Floristán